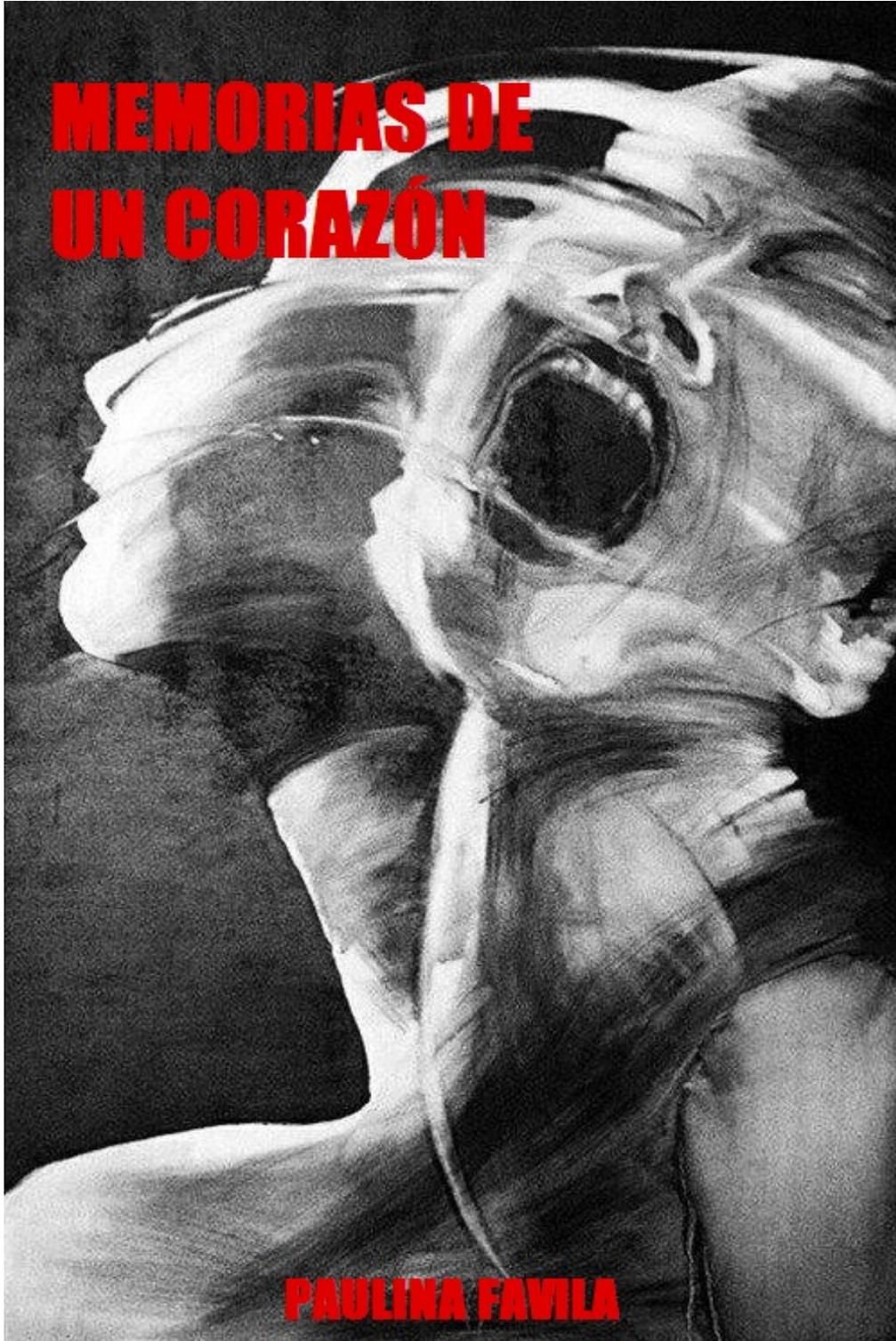


MEMORIAS DE UN CORAZÓN

Paulina Favila



Capítulo 1

Cuando era niño no imaginaba que la vida fuese tan corta, que estuviera llena de tantos problemas y que hundirte en el hoyo fuera más fácil que intentar salir, pues escapar siempre iba a hacer una salida más rápida que enfrentar la realidad.

Yo solía ser una persona animada, llena de carisma y con grandes ideales, con sueños llenos de victorias, interactivo, autosuficiente y gran ser humano. Pero pasaron los años y las caídas en mi vida, cada derrota, cada suceso me llenaron de miedos que jamás pude superar, una vida familiar llena de dolor me hicieron un chico duro, violento y difícil de impresionar.

Por fuera un simple niño y por dentro ya estaba convertido en todo un hombre cretino, sin mencionar las sustancias que detonaron lo que sucedió. Aún no termino de comprender como un niño así pudo volverse una bestia.

Recuerdo aquellos días como los más satisfactorios en mi vida, ver ese dolor que provocaban las torturas de mis manos sanaba lentamente mi alma provocando un placer inexplicable. El alcohol se volvió mi socio, las pastillas un refugio para calmar los nervios, y nunca faltó el cigarrillo para relajarme.

Cada tarde saliendo del trabajo iba a un bar a una cuadra de mi apartamento volviéndose una tradición, hasta que un viernes conocí a aquella chica, color negro era su pelo, piel blanca, ojos grandes y tan ligera, lo recuerdo porque así me deshice de su cuerpo; esa misma noche la llevé a mi apartamento. Se había vuelto mi compañera de sexo, algo liberal y pasajero, así lo creía hasta que los celos me dominaron. Otro viernes llegué más noche de lo normal y al entrar la vi sentada en la barra, bebiendo su cerveza clara como de costumbre, coqueteaba de esa manera tan vil como lo hacía con todos, yéndose con un tipo alto y fornido.

A la siguiente semana la llevé yo, pero esta vez al llegar a casa comencé a cuestionarla sobre la otra noche, ella evadía diciendo que era libre y podía acostarse con quien quisiera, que no teníamos nada y ella solo buscaba sexo, no importaba quien se lo diese. Pero eso ya no volvió a ser así, me di la vuelta quedando detrás de ella y de un golpe en la nuca quedó inconsciente, la até de las manos a la cabecera y sus pies al fondo de la cama, la amordace y le dije que si no iba a ser solo mía jamás disfrutaría ser de nadie, mientras abusaba de ella de forma violenta como un animal salvaje, acabé por acuchillarla tantas veces que perdí la cuenta, con su

sangre manchaba mi cara, riendo a carcajadas, fui a la cocina, tomé mi copa de vino y regresé al cuarto, me senté a su lado y mientras acariciaba su pelo, le decía lo mucho que disfrute el momento. Al final tire su cuerpo desnudo en una laguna fuera de la ciudad. Tenía esa sensación tan placentera que volví a casa a embriagarme y darme un baño, tomé dos pastillas para calmarme un poco y me eché a dormir.

Al otro día siguiendo con mi rutina volví a aquel bar y al salir después de varios tragos, vi a una mujer de piernas largas, con un vestido rojo corto que dejaba apreciarlas y tacones bastante altos, parada en la esquina. Llegamos a mi casa y continuamos bebiendo, después de un buen sexo salimos a fumar un cigarro a mi balcón, entré a la cocina y al volver llegué por atrás, tomé su cabeza y la estrellé a la pared, con una navaja atravesé su garganta, corté sus hermosas piernas, jamás volvería a abrirlas.

Y así continuó por meses. Otra de mis víctimas la encontré en una cantina de mala muerte, bailaba en el escenario mirándome con tal lujuria, se acercó a mi mesa y fuimos a su cuarto, donde no solamente fornicamos sin control, con ese látigo golpeaba su espalda hasta sangrar, dejándola deshecha, su piel colgaba y algunos trozos caían desprendidos de ella, pero por más que gritaba nadie nos interrumpía, al voltearla me subí en ella y con una bolsa de súper terminé por asfixiar. Salí silbando y fumando tranquilamente después de una gran noche, llegando a mi casa a festejar con una botella de ron.

La última es la que mejor recuerdo, pues era una chica muy atractiva, de pechos grandes, esa noche traía una blusa negra que realzaba sus atributos, labios rojos, y un perfume tan dulce que me provocaba náuseas. Se encontraba fuera de un motel, yo pasaba con mi auto y no pude evitar mirarla, atrapó mi atención, cometió un grave error. Entramos a la habitación ella me acostó en la cama y me quitaba la ropa suavemente, por lo que yo la tomé del cabello muy fuerte, estrellándola al espejo de a lado, se encajó un vidrio que atravesó su estómago, le rompí las rodillas y quedó tendida en el suelo y obviamente no me fui sin probar su increíble cuerpo.

Elegía las ramera porque lo fácil siempre me pareció repugnante y me gustaba hacerles daño porque odiaba lo que hacían; ¿Por qué diablos tenían sexo por dinero? Todos los trabajos son respetables menos ese, seducir hombres para vaciar sus cuentas, es lo más patético y bajo que existe. Que ganen provocando deseos, saben que no las van a amar ni a buscar para madres de sus hijos, no las van a valorar ni a respetar, solo las buscan por morbo, para darse placer fácil como sucios animales. Son solo eso, sexo rápido de conseguir por hombres pervertidos que no aprecian a una dama.

Una mañana me relajaba en mi tina, cuando una chica me intentaba ahogar, pateaba y trataba que quitar sus manos de mí, logré salir y corrí a la cocina, tomé mis pastillas y respiraba profundo, tallé mis ojos y parada frente a mí estaba con un cuchillo, mismo con el que le di muerte, salí del apartamento aún mojado y corría por todas las escaleras mirando atrás, tropecé y rodé hasta llegar al suelo, desperté en mi cama, ya de noche, revisé rápidamente y volví a dormir.

Cada que dormía sentía un cuerpo frío abrazándome, arañando mi espalda, dentro de la regadera se oía como caía el agua y cantaba una mujer, aparecían notas con frases de venganza escritas en la pared con labial, por más que cambiara o lavara las cobijas siempre iban a tener manchas de sangre, todos los espejos se rompieron y los vidrios aparecían con el paso de los días, cada vez incrementando, unos jamás los pude quitar del suelo.

Las pastillas aumentaban, el alcohol simplemente no recuerdo haber estado sobrio por meses, y las voces que gritaban retumbando por todos lados haciéndome estallar, golpeaba mi cabeza contra la pared, no soportaba ver tanta sangre, muertos, sogas en el techo, cuchillos, navajas, los cigarros se consumían más rápido. Permanecía dormido por horas para no ver ni oír nada, pero aún dormido se sentaba en mi cama, susurraba a mi oído hasta hacerme despertar en sudor.

Sentado en la sala bebiendo licor barato, acariciaron mi cuello, giré y una mujer ensangrentada con una cadena y rímel chorreado me golpeó, me arrastraba por toda la casa, me decía llorando que como pude hacerle tanto daño, si todo lo dio por mí, me ahorcaba, yo simplemente no podía moverme, estaba desconcertado, ella golpeaba mi rostro, paró un momento para sacar un arma, aproveché para gatear con toda la fuerza que podía hasta la puerta, ella me seguía lentamente apuntándome con una sonrisa sarcástica pero no me hacía parar, apenas rocé la chapa y con una patada en la cara me retiró, me levanté adolorido para correr al balcón y gritar por ayuda, llegó hasta mí y simplemente me aventó, caí desplomado como un vil costal.

Desperté con esta camisa de fuerza que jamás he podido quitarme, conté una y otra vez la misma historia porque aún ahí dentro no podía alejarla de mí.

Pero sólo un trastorno psicótico era.

Mi madre era una prostituta alcohólica, me tuvo muy joven y después a mis tres hermanos con diferentes hombres, cada día llevaba a uno diferente y decía que lo hacía para poder sacarnos adelante, pero su justificación era tan absurda pues tenía muchas opciones para hacerlo, era joven, fuerte, y con mucha habilidad para poder trabajar en algo bien o incluso vender productos, cualquier cosa pero se fue por el camino fácil. Cada día después de pelear con sus hombres por los pagos que le daban,

se desquitaba con nosotros, nos golpeaba, nos dejaba amarradas a la cama con una cadena y con cinta en la boca para no interrumpirla, si nos quejábamos no había cena o comida por un día, y absolutamente todo el día se la pasaba bebiendo, siempre tambaleándose por doquier, era tan asquerosa. Pero seguía sus pasos, tomaba sus botellas y las bebía a escondidas para escapar un rato de la realidad, me junté con chicos mayores de la cuadra y comencé a fumar e ingerir metanfetaminas, solo buscaba un refugio. Hasta que un día decidí ponerle un alto a esa vida de miseria, esperé a que durmiera y entré a su habitación con la cadena que nos amarraba la golpeé sin cansancio con tanta furia que no se pudo defender, se retorció en su cama hasta caer al suelo, se arrastraba buscando la salida, y llegó hasta la sala, gritaba desesperada, y mis hermanos salieron del cuarto asustados solo miraban la masacre con lágrimas en los ojos, yo convertido en una bestia si piedad seguía azotando, hasta que el menor de mis hermanos se atravesó justo al caer la cadena destrozando su cabeza, al verlo caer muerto la sangre me ardía, mi coraje aumento y con más fuerza le daba aunque ya estuviese casi inconsciente, los otros dos pedían que parara pero las voces dentro de mí ya no me dejaban hacerlo, ya no soportaba escuchar su llanto, sus gritos desesperados, así que me dirigí a ellos, a uno le estrellé una botella y con una almohada terminé dándole muerte, el otro corrió, pero eso no me importó me concentré en mi madre quien pedía perdón inconsolable, sin poder ya levantarse del suelo, acabé ahorcándola con la cadena. Salí en busca de mi último hermano que estaba afuera de la puerta del vecino, yo llegué tranquilamente sonriendo lo tomé del brazo y lo metí a la casa, sabían que éramos una familia problemática así que no hicieron nada, tomé su cabeza la incliné y lo hice beber el ácido muriático, veía como salía espuma de su boca y sus venas se botaban y su garganta se quemaba. Me senté en la sala tomé una cerveza y me relajé tanto que me quedé dormido.

Desperté encerrado en un cuarto blanco con solo una cama y un traje del mismo color, amarrado de las manos y pies a la cama, así pasaron varios días hasta que las demás muertes ocurrían, y al defenderse tenían que curarme, coserme, o empastillarme, cada que ocurría una muerte se la contaba al doctor quien entre más pasaba el tiempo y el medicamento aumentaba, hasta el hecho de dejarme dopado por días enteros, terminé por encerrarme en el cuarto acolchonado con una camisa de fuerza.

Pasaron 18 años, era mi cumpleaños número 26 cuando pude volver a ver la luz, salí al patio a una actividad grupal, pero en el camino bajando recuerdo solo que empecé a gritar y corrí a aventarme por el balcón. Me sentí tan libre por fin por un momento pararon las voces. Pero eso concluyó por no volver a salir de ahí jamás.

Son memorias de un corazón trastornado y dañado que fui formando en una realidad que vive sólo en esta mente enferma por la vida que llevé y que quise haber cambiado. Acompañada de vicios que detonaron más esa

irrealidad. Todo fue fantasía llena de drogas y una imaginación perturbada, conocida mejor como esquizofrenia, solo mi mente sabe qué ocurre, solo vive en mi mundo esas historias con las que era perseguido por no haber sabido arreglar mi situación familiar, por acabar con todo por un odio llevado de la mano de sustancias y enfermedad. Pero para mí son tan reales como seguir vivo en este hospital.